



Juako Escaso

La VOZ
de su
Cuerpo.

I.

Ella duerme todavía.
Permanezco inmóvil entre el calor
de su piel bajo las mantas.

El silencio se quiebra tan solo
por el regalo de luz que trae
el olor de la leña y el tomillo.

Su mano despierta mi pecho
y asoma a su sonrisa la certeza
de sabernos aquí,
al comienzo de todo.

Nos miramos largo rato
sin hablarnos, y así hasta que
el temblor de su pupila borra
el negro rastro de los días.

Por fin, revela un gesto.
Dichoso, me entrego a la voluntad
de sus manos, contagiado,
hecho presa
de su brutal carnalidad.

II.

Ella está junto a la valla.

La mañana verdea la sierra
con mansa calidez; sólo en las cumbres
persiste la blanca y perezosa bruma.

El jardín cubierto de hojas
delata mis pasos.

Ella acoge mi abrazo sin volverse
y hundo la cara entre su pelo frío,
suave como el silencio de la tierra.

Poco a poco se dibujan en el valle
los contornos y ella aprieta
mis manos en las suyas.

La luz sobre los campos
abre una flor sin memoria.

Cuando el viento arremolina las hojas
ella se estremece.

Entramos.

III.

El viento respira en las copas,
suavemente se afana en desvestir
un resto de verano.

La cal reluce en la fachada
y difumina el contorno de la casa.

Nos recostamos al sol,
le robamos un beso.

La mañana es festejo
de canto y color, la luz abre
su mano caliente de seda
sobre el rostro
y nos cierra los ojos
mientras al fondo el arroyo
mece su rumor de cristales.

Ella se remanga la camisa
bajo los pechos, desnuda su vientre
de arena: sobre él
un océano columpia su marea.

La busco, la recorro apenas
con el roce de los dedos.
Y es ese mínimo gesto el que
irremediablemente aviva
el incendio de mis manos.

IV.

Sentados en el jardín ella busca
un final para este verso,
juguetea con el pájaro de la palabra.

Mira dentro de mis ojos y trata
de robarme: su mirada es un duende
escondido entre la jara.

Ya tumbados, volvemos a hablar
de los poemas. Yo le digo:
escribir ya no es un suicidio.
Ella responde: escribir es cazar ranas
en el fondo del estanque.

Reímos.
La risa se va tiñendo de hierba
y nos crece en la piel
una enredadera sin prisa.

Sobre los tejados que aún humean
el sol se derrama
en pequeños racimos,
y en el cielo desnudo
azulea el halcón de su mirada.

V.

La noche saca sus dientes.
La luna es colmillo de marfil
sobre los campos,
sobre el pinar, sobre el río
y todo lo que el sueño
amansa en su silencio.

Camino de su mano.
Las calles se llenan de lobos
y canciones,
cualquier rincón es refugio
para el saqueo
de sus pétalos de carne.

Burlamos la luz de la ventana,
nos hacemos viento
y secreto
y mordisco.

En la oscuridad del callejón
se detiene la orquesta
de los grillos, y su risa le pide
a la noche una estrella.